
VIDA SILVESTRE

Walter H. Wust

Ubicado en las laderas occidentales de la Cordillera de Vilcabamba, que dominan el profundo valle del río Apurímac, Choquequirau es mucho más que un conjunto de edificaciones y vestigios arqueológicos enclavados en la abrupta ceja de montaña. Su ubicación estratégica permite a este singular santuario abarcar lo que podría considerarse uno de los transectos altitudinales más extraordinarios del país, y proteger, en sólo algunos kilómetros lineales, ecosistemas tan dispares como las nieves eternas, a más de 6.000 m de altura, y los tórridos valles tropicales, a poco más de 1.800 msnm.

Visto desde el aire, el territorio que acoge a Choquequirau se muestra como un gran libro abierto, con el caudaloso río Apurímac a sus pies y una gran cadena montañosa que se precipita hacia las vertientes orientales cubiertas por vegetación tropical. En la margen derecha del río, esta zona protege una significativa sección de una de las subcuencas más importantes de la región: la Cordillera de Vilcabamba.

Los escasos estudios científicos realizados en sus alrededores han determinado la existencia de numerosas zonas de vida bien diferenciadas, siendo las más relevantes, desde el punto de vista ecológico, los pajonales altoandinos, los bosques enanos de altura y la selva alta o yunga, representada por la ceja de montaña. Esta gran variedad de pisos ecológicos o hábitats permite, a su vez, la existencia de





Páginas anteriores: el río Apurímac corre al fondo del accidentado valle que forman los macizos de la Cordillera de Vilcabamba; una muca o carachupa (Didelphis albiventris) olfatea en busca de alimento.

Arriba: el zorro andino (Duscysion culpaeus), atoj en quechua, es un solitario depredador.

Izquierda: el gallito de las rocas o tunqui (Rupicola peruviana) habita sobre los 1.800 msnm.

una asombrosa diversidad de especies de flora y fauna silvestre, adaptadas a la perfección a las condiciones específicas de su entorno.

El mundo natural de Choquequirau se inicia, pues, por encima de los 4.000 msnm, allá donde el viento barre sin cesar las planicies de ichu y donde las rocas se pueblan de líquenes y musgo. Es el territorio del cóndor andino y de la taruca, el mayor y más elusivo de los cérvidos de los Andes; del zorro andino o atoj y del zorrino o añás; de las juguetonas vizcachas (roedores típicos de las alturas) y del puma o león de la sierra. Un mundo de flores pequeñas y delicadas, pero de colores intensos y alegres, que recuerdan a los ponchos de los campesinos. Una tierra donde las variaciones de temperatura son tan intensas que sólo algunas criaturas logran sobrevivir: sol intenso durante el día y heladas por la noche.

Continuando con nuestro descenso imaginario arribamos a una zona donde los vientos fríos provenientes de las



Arriba: una mariposa nocturna (Sphingidae) exhibe unas hermosas marcas blancas en sus alas. Ellas reflejan la luz ultravioleta, lo que le sirve al insecto para comunicarse con ejemplares de su especie.

Derecha: las flores de chocho (Lupinus mutabilis) alegran con su colorido las laderas de las montañas. A diferencia de otros arbustos de la región, éste florea durante todo el año.



montañas nevadas se unen a las corrientes cálidas que ascienden del valle para formar un extraño y exuberante mundo en miniatura. Son los bosques enanos un escenario de árboles retorcidos donde las dimensiones parecen haberse trastocado por capricho de la naturaleza: aquí los árboles son pequeños y los musgos gigantes; los venados, como el pudú o sachacabra, alcanzan apenas los 20 centímetros, y los picaflores, como la bomarea o sullun sullu, el tamaño de una paloma. Es la tierra de las bromelias, las begonias y las flores más raras; el hogar del oso andino o ucumari y del tucán de altura.

Algo más abajo, en el fondo de las quebradas, la humedad reina a lo largo del año y las lluvias son más frecuentes que en ningún otro lugar del país. Se trata de los bosques de la ceja de montaña, que se muestran al visitante de tanto en tanto, sólo cuando el misterioso velo de niebla que la cubre se abre para dar paso a una visión mágica y maravillosa. Éste es uno de los ambientes más prolíficos y desconocidos de la naturaleza, un reino de cascadas y seres misteriosos donde los árboles crecen casi colgados de los acantilados, aprovechando el escaso suelo fértil que ellos mismos producen y sujetándose a las grandes rocas de granito que afloran de las montañas. Ésta es la tierra del colorido gallito de las rocas —el ave nacional del Perú—, de bandadas de tangaras multicolores, de tucanes esmeralda y quetzales de altura; de tigrillos y coatíes; el reino de los helechos gigantes, las tillandsias y las orquídeas, cuyo grupo alcanza



*Arriba: la tímida vizcacha (*Lagidium peruvianum*) habita en los roqueríos más inaccesibles de las vertientes andinas. De costumbres gregarias, forma grupos familiares de hasta 60 individuos.*

*Izquierda: un majestuoso aguilucho grande (*Geranoaetus melanoleucus*) otea su territorio. Después del cóndor, ésta es la mayor de las aves de presa de la región andina.*

aquí más de un centenar de especies, entre las que destacan las espectaculares wakanki (en quechua, «llorarás») y wiñay wayna («siempre joven»).

Finalmente, al fondo del gran valle y bajo el efecto térmico del curso de agua que lo recorre, los bosques de la ceja de montaña brindan su calidez y condiciones ideales para una enorme variedad de cultivos: coca, achiote, maíz, cacao, café y frutales. Ésta fue la despensa de los incas, quienes recurrieron a ella en procura de sus frutos más preciados, y lo continúa siendo hoy para los pobladores afincados en sus dominios. Una tierra de bosques de bambú que florecen después de décadas para morir en masa, como siguiendo un mandato misterioso y extraño; un territorio donde los valles se ensanchan y los ríos aplacan su furia para dar paso a cauces transparentes que lamen de las montañas el limo rico en nutrientes. Éste es, qué duda cabe, el preludio de los grandes bosques amazónicos.

Desde el punto de vista ambiental, el principal valor de este ecosistema reside en el rol que juegan los exuberantes bosques que crecen en las partes altas de sus montañas para el mantenimiento del equilibrio hídrico de la región, captando el agua de las lluvias y conduciéndola –sin causar erosión– hacia el curso del Apurímac. Si estos bosques desaparecieran, se perderían con ellos numerosas especies de flora y fauna únicas y casi desconocidas para la



Arriba: el ichu (Stipa ichu) es la gramínea más común de las alturas andinas. Cubre enormes extensiones de planicies y pampas sobre los 3.500 msnm y es consumida por varias especies de camélidos, entre ellas, la vicuña.

ciencia; pero, sobre todo, se iniciaría en el área un irreversible proceso de deterioro ambiental que traería consigo consecuencias devastadoras para el hombre, como la destrucción de las vías de comunicación, la desaparición de zonas de cultivo, inundaciones y deslizamientos de tierra.

En la actualidad, la principal amenaza contra este santuario natural son los incendios forestales. Iniciados por agricultores residentes en las zonas altoandinas colindantes, los fuegos estacionales –dirigidos a renovar los pastos naturales– se vuelven incontrolables e ingresan, ayudados por el viento y la fragilidad de la vegetación, ladera abajo hacia el corazón de los bosques de montaña. A menudo, el fuego arrasa con todo a su paso, destruyendo enormes extensiones de selva virgen, hasta que el efecto de las lluvias aplaca la furia de las llamas. En años recientes, la magnitud de los incendios ha sido tal, que su efecto devastador llegó incluso a traspasar los límites del cercano Santuario de Machu Picchu.

Afortunadamente, los diferentes sectores involucrados en la conservación y el desarrollo de cuencas andinas, con el apoyo de la cooperación internacional, vienen trabajando en el desarrollo de un plan de uso múltiple de recursos, capacitando a los agricultores acerca de los peligros de la quema anual de pastos y ofreciendo alternativas de aprovechamiento no destructivo de los recursos del área a los pobladores que dependen de ella. ♦

Abajo: las bromelias o achupallas son plantas epifitas, es decir, que crecen alejadas del suelo (sobre otras plantas o las rocas). Sus tallos carnosos constituyen el alimento predilecto del oso andino o ucumari.

